



LLEGANDO A SER IGLESIA DE PAZ: CULTIVANDO LA TRADICION DE JESUS (Hacia una Teología Bíblica de la Paz - VIII)

Introducción:

Llegar a ser iglesia de paz es un proceso interminable. Hace unos 30 años, en una asamblea de Iglesias Menonitas en el Cono Sur donde se debatía el artículo sobre la paz y la no-resistencia en una nueva confesión de fe que estaba en proceso de aprobarse, uno de los participantes dijo: “No sé de dónde en la Biblia sacan eso de la no-resistencia. Un capellán en el ejército alemán me explicó cómo entender eso de ‘no matarás’.” Luego, un anciano de la iglesia me confesó en privado: “Somos Menonitas pero aún nos falta mucho en nuestras prácticas y comprensión de la paz y la no-resistencia bíblicas”.

En los años turbulentos en Uruguay a principios de los 1970 fui invitado a compartir una reflexión sobre Jesús y su actitud hacia la violencia en el Nuevo Testamento en una reunión de la comisión directiva de la Convención de las Iglesias Menonitas (de habla hispana). Luego de concluir mi presentación, uno de los miembros de la comisión respondió: “Sí, has compartido la visión reflejada en el Nuevo Testamento. Pero los tiempos son diferentes y esa respuesta no-violenta al malhechor ya no nos sirve en nuestra situación actual. El único lenguaje que ellos entienden es el de la fuerza.

Hace algunos años, unos representantes de una agencia nacional de la Iglesia Menonita se acercó a uno de los representantes del estado de Pennsylvania en la cámara de diputados de los Estados Unidos de América para expresar su profunda preocupación (y su protesta) ante el aumento de ayuda militar y la escalada en la venta de armamentos a otros países, y especialmente a los del tercer mundo. El congresista miró sorprendido a los voceros de la agencia menonita y dijo: “¿Cómo es esto? Los empresarios menonitas en mi distrito están contentos con esta política de fuerza militar, porque ellos quieren que sus intereses económicos en estos lugares sean protegidos.

Estos tres ejemplos todos tienen un elemento común. Nos recuerdan que para ser iglesias de paz se requiere nuestra atención constante – una auténtica vivencia de la paz, junto con una intensa reflexión comunitaria en torno a la acción del Dios de la paz entre nosotros, a fin de poder articular con integridad una teología bíblica de la paz. De otra manera, la paz no llega a ser más que una mera ideología más entre nosotros.

A. El Evangelio de la Paz es Legado de la Iglesia Universal

La paz no es herencia de las, así llamadas, “Iglesias de Paz”, y menos todavía, es herencia netamente Anabautista, o Menonita. En un sentido técnico, las Iglesias de Paz hoy en día son los Anabautista-Menonitas del siglo XVI, los Cuáqueros del siglo XVII y la Iglesia de los Hermanos del siglo XVIII. Sin embargo, a lo largo de la historia del pueblo cristiano han surgido movimientos radicales que han recuperado la visión mesiánica de paz. Entre éstos están el Monacato primitivo, los Valdenses, Francisco de Asís y los Hermanos Menores, los Lolardos ingleses, los Hermanos checos, Juan de Valdés y el Evangelismo Católico un movimiento inspirado en los Evangelios en España e Italia, los Hermanos de la vida común, los Beghardos y las Beguinas, los Pentecostales primitivos y muchos grupos más entre las principales denominaciones cristianas.

La visión mesiánica de paz es patrimonio de la iglesia cristiana entera. Durante los tres primeros siglos, la no violencia representaba la convicción mayoritaria, por no decir unánime, entre los cristianos. Entre los padres de la iglesia pre-constantinianos, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, ninguno apoyaba la violencia en las relaciones sociales ni la participación de cristianos en el servicio militar.

Según esta visión, la paz no sería un patrimonio exclusivamente cristiano. Formaba parte fundamental de su visión para toda la humanidad. Voces representativas de la iglesia esparcidas a través de todo el imperio romano fueron unánimes en su convicción que la visión utópica de la paz mesiánica articulada por los profetas antiguos (Is. 2:2-4; Miq. 4:1-4) ya se cumplía en su medio para la salvación de todos los pueblos. De modo que en la visión primitiva la paz mesiánica sería patrimonio de la humanidad entera; una salvación que se desembocaría en una nueva creación, “en cielos nuevos y tierra nueva”.

B. En el Nuevo Testamento el Evangelio es un Evangelio de la Paz (Shalom)

Tanto Pedro como Pablo llaman explícitamente a las buenas nuevas de salvación por medio de Jesús un “evangelio de paz” (Hech. 10:36; Ef. 2:17; 6:15; Rom. 10:15). Pablo en su reflexión teológica madura (Ef. 2) concluye que la meta fundamental de la misión salvífica de Jesús consiste de la creación de una nueva humanidad que vive en paz.

En realidad, esta visión de paz determinaba la forma que tomaba la evangelización en la iglesia primitiva. El “Pentecostés de los Gentiles” llegó a ser una posibilidad, gracias al amor de Pedro por sus “enemigos” y la maravillosa gracia de Dios que le permitía a Pedro darse cuenta que “Dios no hace acepción de personas” en su forma de comunicar el “evangelio de la paz por medio de Jesucristo” (Hech. 10:34-36).

El éxito extraordinario de la iglesia primitiva en su evangelización condujo a la extensión de la iglesia a través de todo el imperio romano, y aún más allá de sus fronteras, en el curso de tan solamente un par de siglos. Ha sido muchas veces objeto de admiración en la iglesia posterior. Sin embargo, todo esto se logró sin organización misionera formal (no conocemos los nombres de más de uno o dos misioneros entre Pablo y Constantino, un periodo de unos 250 años). Y para sorpresa nuestra, están notablemente ausentes en los escritos primitivos de la iglesia, las exhortaciones a evangelizar y las oraciones para la conversión de los paganos. Sin embargo, abundan exhortaciones para los cristianos a orar por sus enemigos. El evangelio que compartía la iglesia primitiva era un evangelio de la paz y la única manera de comunicar este mensaje de salvación mesiánica era amar, tal como Dios ama, amando aún a sus adversarios.

Sin embargo, a partir del cambio constantiniano en el siglo IV, esta visión del evangelio ha sufrido cambios de enfoque y contenido notables en la iglesia. Desde entonces ha sido posible compartir un “evangelio” sin paz. Pero, por otra parte, se ha dado también el fenómeno de una “paz” sin evangelio. Cristianos evangélicos (al igual que católicos) no tienen mayores problemas con la primera opción, pero no dejan de criticar la segunda.

Demos gracias a Dios por todas las manifestaciones de shalom, dondequiera que aparezcan, incluso las que se dan fuera de la iglesia. Gracias a Dios, por esos signos de su reino que no se limitan a las iglesias organizadas. Más de una vez, cristianos han recibido visión e inspiración de movimientos y personas como Gandhi. La agenda de los cristianos no es tanto evaluar y criticar las iniciativas de paz que surgen fuera de la iglesia, sino confrontar las contradicciones en su propio seno, pues, hasta el día de hoy, iglesias cristianas siguen abrazando y proclamando un evangelio sin paz.

C. La Prioridad Absoluta del Reino de Dios y Su Justicia

Buscar primero el reino de Dios y su justicia implica procurarlo con diligencia antes que nada y por encima de todo. Cuando los cristianos del occidente (Menonitas incluidos) tratan temas como el militarismo, represión policial, sistema penal, pena de muerte, impuestos para gastos militares, etc., generalmente aluden a la exhortación de Jesús recordada en los evangelios sinópticos: “dad pues a Cesar lo que es de Cesar, y a Dios lo que es de Dios” (Mt. 22:21; Mr. 12:17; Lc. 20:25) como si la primera frase de la enseñanza estuviera escrita con mayúsculas y la segunda con letras minúsculas. Se toma como punto de partida lo que Cesar pide y luego, en segundo plano, le corresponde a Dios todo aquello que Cesar no exige. Con esta actitud, con toda probabilidad, no hubiera habido movimientos de reforma radical en la historia de la iglesia. Estos movimientos se basaron en la premisa que el poder secular no es determinante para el curso de acción que toma la iglesia. Es la comunidad de fe, con las Escrituras en la mano, que oye la voz del Espíritu a fin de encontrar caminos de obediencia.

Entre los textos favoritos de los Anabautistas del siglo XVI estaba el Salmo 24:1. “De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en el habitan.” En ésto los Anabautistas basaban su misión “ilegal”. Si de Jehová era toda la tierra y su plenitud, ¿qué en toda la tierra sería del Cesar? En última instancia, ¡prácticamente nada! Para los

Anabautistas del siglo XVI, la legalidad de la cuestión no determinaba sus decisiones. Se sometían a las autoridades, en lugar de sublevarse, pero su obediencia a éstas nunca fue incondicional. Tanto fue así que las autoridades del Imperio Romano tuvieron que sacar el polvo de una ley milenaria (del código de Teodosio contra los Donatistas del siglo V) y aplicarlo a los Anabautistas para poder responder a esta nueva amenaza. No se trataba de dos reinos compitiendo, en más o menos igualdad de condiciones, por las lealtades de los cristianos. Solo el reinado de Dios goza de absoluta prioridad.

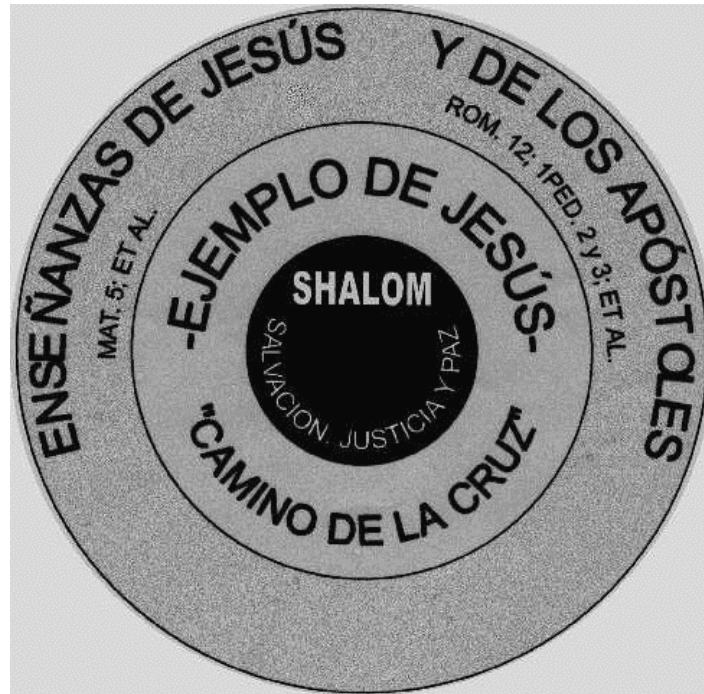
D. ¿Qué Significa “Cultivar la Tradición Pacifista de Jesús”?

1. La Tradición Pacifista de Jesús está Basada en la Visión Bíblica de Shalom

Como ya se ha aclarado en los capítulos anteriores (1-3), Jesús basaba su misión en la visión profética de shalom. La eirene griega y la pax romana, introducidas posteriormente en la visión de la iglesia, han contribuido a la deformación de la visión bíblica. De modo que, “cultivar la tradición pacifista de Jesús” significa tanto recuperar la visión radical de Jesús, como también permitir que ella vuelva a florecer entre nosotros llegando a ser determinante en nuestra vida y misión como pueblo mesiánico al servicio de la misión de Dios en el mundo.

Esta visión de la paz mesiánica tendrá consecuencias para toda la gama de relaciones, con Dios, con nuestros semejantes y con nuestro universo. Tendrá algo que decir frente a los problemas que surgen de nuestros sistemas de dominación sexista, nuestras familias no funcionales, nuestras prácticas económicas competitivas y poco fraternales, el despilfarro de los recursos de la tierra, nuestras violencias inter-personales en todos los niveles, nuestros sistemas judiciales y penales, el militarismo, etc.

TRES CIRCULOS CONCENTRICOS PARA
ORIENTAR UNA FORMACION PARA LA PAZ
EN NUESTRAS CONGREGACIONES



- (a) Círculo exterior: las enseñanzas de Jesús (Mateo 5:21-26, 38-48; et al.) y de los apóstoles (Romanos 12:14-21; 1 Pedro 3:8-9; 1 Juan 2:9-11; 4:7-12; et al.).
- (b) Círculo intermedio: El ejemplo de Jesús en los relatos del “camino de la cruz” en los Evangelios (Mateo 16, et al. y Lucas 9, en adelante).
- (c) Círculo interior: La teología básica del Nuevo Testamento en que la paz, la salvación y la justicia están integradas en una sola realidad vivencial.

(a) El círculo exterior: Esta imagen nos ayuda a visualizar un proceso para animarnos a una vivencia más acorde con la tradición pacifista de Jesús y a cultivar la reflexión en torno a ella que conduce a la afirmación de esta paz, con un testimonio correspondiente.

En la comunidad de fe las Escrituras, y muy especialmente el Nuevo Testamento con las enseñanzas de Jesús tales como fueron recordadas por los apóstoles, son fundamentales. Esta lectura se hace bajo la iluminación absolutamente imprescindible del Espíritu del Cristo viviente.

(b) El círculo intermedio: Esto nos lleva más allá de las enseñanzas de Jesús recordadas e interpretadas por los apóstoles a la vivencia sin igual de esta paz, de parte Jesús; al “camino de la cruz”. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar la vida, la perderá; y todo el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 16:24-25). Nos lleva a la revolucionaria estrategia evangelizadora de Jesús: “Amad a vuestros enemigos; benedicid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen; y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mt. 5:44). No se separa la ética de la evangelización.

Es como si Jesús dibujara una línea en la arena invitando a sus seguidores a dejar atrás el mundo en que la violencia es siempre la solución última, y pasar al nuevo mundo de Dios donde la espiral de la violencia es quebrantada por aquellos que estamos dispuestos a absorber el impacto de esa violencia en nuestros propios cuerpos. Y esto servirá tanto para la salvación de nuestros enemigos, como también para la nuestra misma.¹

Los humanos somos inexorablemente atraídos hacia el mal que nosotros combatimos con tanta fuerza. Nuestra identidad misma se define por el mal que combatimos. Involucrados en esta lucha contra el mal somos ingenuos ignorando lo que está pasando en nosotros – pasamos a ser más y más semejantes a aquello que combatimos. Cuando combatimos el sistema de dominación mediante la fuerza violenta el resultado será la perpetuación de la violencia. El camino de la no-violencia, el camino que Jesús eligió, es la única manera de superar la violencia humana que caracteriza a los sistemas de dominación. Para los adeptos del sistema de dominación, esta tercera vía les parece suicidio, una nueva crucifixión. Pero para los seguidores de Jesús, y para aquellos que sin prejuicios han observado la historia violenta de la humanidad a través de los siglos, la no-violencia parecería ser la única vía que nos queda. Esto no solo es cierto para los cristianos. También lo es para el mundo.²

(c) El círculo interior: En la teología básica del Nuevo Testamento, la paz, la justicia y la salvación están integradas en una sola realidad - shalom. En la perspectiva bíblica la teología es una reflexión en torno a la acción salvífica de Dios, y en la vivencia correspondiente, a fin de afirmarnos en esta vivencia obediente de la fe (Rom. 1:5; 10:6; 16:26) y comunicarla en nuestra evangelización. De manera que, una teología de la paz se distinga de una ideología de la paz, pues ésta se trata de la elaboración de ideas sobre la paz, independientemente de su vivencia.

La actividad mesiánica de Jesús, encaminada a restaurar el shalom de Dios mediante la reconciliación de los humanos con Dios, de la humanidad entre sí, y de la creación entera, resultó en la creación de una “nueva humanidad”, una “nueva creación”.

“Se crea así la comunidad donde no están unos arriba y otros abajo, sino donde todos son últimos y todos son primeros (Mt. 19:30): son los hermanos con un solo Padre, los servidores con un solo Señor, los discípulos con un solo Maestro, los pobres cuya riqueza y cuya seguridad es Dios mismo (Mt. 6:19-21; 19:21), donde ni hay mío ni tuyo (Hch. 4:32), el grupo de la alegría completa (Jn. 15:11; 16:24)), del afecto mutuo (Rom. 12:10; Col. 3:12), del perdón fácil y continuo (Mt. 18:21-22; Col. 3:13); donde no hay rivalidades ni partidismos, sino que todo está unido por el amor (Col. 3:14) y la ayuda mutua (Mt. 5:7); donde cada uno arrima el hombro a las cargas de los demás (Gal. 6:2), las cualidades de cada uno se ponen al servicio de todos (Rom. 12:3-8;

¹ Walter Wink, *Engaging the Powers: Discernment and Resistance In a World of Domination*, Minneapolis: Fortress Press, 1992, p. 201.

² *Ibid.*, pp. 206-207.

I Cor. 12:4-11; Ef. 4:11-13) y autoridad significa mayor servicio y nunca superioridad (Lc. 22:26-27). ... Si no existe la nueva sociedad de hermanos como Jesús quiso, todo es inútil, no hay nada que ofrecer más que palabras e ideas sin realidad. Tiene que verse que el amor y la felicidad son posibles. ... Mientras no existan comunidades así, no hay salvación, el objetivo de Jesús está anulado y su doctrina y ejemplo se convierten en una ideología más. Por supuesto, para fundar esas comunidades no se puede usar la violencia: si el ser persona libre es esencial al grupo, la adhesión tiene que darse por convicción propia. ... De ahí el empeño que deben poner los que creen en Jesús por formar comunidades que vivan plenamente el mensaje.”³

E. Llegando a Ser Iglesia de Paz: Formando discípulos en la Tradición Radical Pacifista de Jesús.⁴

A esta altura cabe preguntarnos ¿si somos realmente una iglesia de paz con una vivencia caracterizada por el shalom y una teología correspondiente, o somos una iglesia con una ideología pacifista, que solo formula y expresa ideas para una posible vivencia de paz? Aunque para Dios todo es posible, la historia de la iglesia nos enseña que sin una auténtica vivencia de paz, con su teología correspondiente, difícilmente podrá sostenerse una visión pacifista tan solo en base a una ideología de paz. Durante los primeros tres siglos la iglesia era pacifista. Pero tras el cambio constantiniano, con la transformación que sufrió su visión de paz (pasando de shalom a pax y eirene), solo un siglo después (416), para ser legionario romano habría que ser cristiano. Observamos el mismo fenómeno en movimientos de reforma radical pacifistas más recientes. Aun en las iglesias de paz, como los Anabautistas y Menonitas, cuando faltaron las dimensiones concretas de una vivencia de paz han tendido a perder las convicciones que surgen de una auténtica teología de paz, y han pasado a comunicar una mera ideología de paz, incapaz de sostenerlas frente a las tentaciones a la violencia.

¿Cuál es el problema que nos desafía?

A veces se proclama un mensaje de justicia y paz sin evangelio, comenzando con las enseñanzas “duras” de Jesús: el alto precio del discipulado, el llamado a tomar la cruz, la visión ética reflejada en el sermón del monte. El mensaje que se comunica en el proceso es el de una obligación seria a ser cumplida o de una carga pesada a ser llevada. Este mensaje resulta ser muy poco atractivo y, sin el poder del Espíritu de Jesús, se convierte en un nuevo legalismo - en una tarea imposible de cumplir.

Por otra parte, a veces se intenta presentar un evangelio sin paz. La salvación que se proclama se reduce a un mensaje de oferta gratuita. Se ofrece un sentido de bienestar interior, o de prosperidad económica, o una promesa gratuita del cielo. Y cuando falta

³ Juan Mateos, *Nuevo Testamento, edición para latinoamérica*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1975, pp. 41,42,28,44.

⁴ En esta sección he dependido de J. R. Burkholder, “On the Gospel of Peace and Becoming a Peace Church”, documento inédito.

una auténtica experiencia de relaciones restauradas con Dios y con nuestros semejantes, las noticias, por buenas que parecían, resultan ser vacías y poco salvíficas.

El mensaje de la paz que Jesús encarnaba y anunciaba es una buena noticia: es evangelio. El camino cristiano de la paz no es una carga pesada. Es componente integral del camino de la salvación que Dios ofrece. A la luz de las visiones parciales de la salvación hace falta recuperar la visión bíblica y global de la salvación. El evangelio de la paz no solo nos ofrece perdón y liberación de nuestros adversarios espirituales y materiales, sino también nos libera de ese espiral destructivo de violencia en todos los niveles de nuestra vida y relaciones. Por la gracia de Dios somos incorporados a su familia donde se experimentan la justicia, la paz y la salvación. Tan solo aquellos que saben que son amados y se regocian en ese amor pueden ser auténticos pacificadores al estilo de Jesús.

Según esta visión global bíblica de la paz, no solo se trata de reconciliación con Dios, sino también restauración de relaciones con nuestros semejantes. El evangelio de la paz no es tan solamente la noticia del amor de Dios para con sus enemigos. Es también la buena nueva que Dios nos forma en una comunidad de amor en que amamos a nuestros enemigos. Una de las grandes tragedias en la vida de la iglesia cristiana ha sido su tendencia a separar la reconciliación entre Dios y la humanidad de la creación de una comunidad concreta que ama como Dios ama, reconciliando así a sus adversarios. Una herejía que se ha perpetuado en la historia de la iglesia en relación con su doctrina de redención es la tendencia a separar el amor de Dios que trae la salvación del alma en base a la obra redentora de Jesús de ese amor de Dios para con sus enemigos, también incluido en la obra redentora de Cristo, y sus consecuencias para la iglesia llamada a amar a sus enemigos.

Cabe preguntarnos si el evangelio que predicamos en nuestra evangelización es realmente el evangelio entendido en su pleno sentido neotestamentario – el evangelio de la paz. Generalmente los resultados corresponden al mensaje predicado. Predicación pentecostal tiende a producir una espiritualidad pentecostal. Predicación calvinista o luterana tiende a producir una postura doctrinal y un estilo de vida típicamente protestantes; y evangelios espiritualizantes, patrióticos, o de prosperidad, etc., producen sus propios resultados. El gran desafío ante la iglesia es proclamar el evangelio de la paz con toda la integridad que caracteriza su expresión máxima encarnada en Jesús.

La tarea de la iglesia consiste fundamentalmente en la formación de discípulos, o seguidores, de Jesús. El Nuevo Testamento no hace la distinción tan común en el mundo occidental entre la idea y el hecho, como si el último, necesaria y lógicamente, tuviera que seguir después del primero. En el Nuevo Testamento, creer de verdad es hacer (Jn. 7:17; 1 Jn. 1:6). De modo que, la iglesia en sus esfuerzos a formar a sus miembros para la paz se preocupa por ofrecer modelos de vida pacificadora y oportunidades para transitar por caminos concretos de justicia y paz, más que de la comunicación de meras doctrinas de paz, o de ideologías ortodoxas.

La iglesia comunica el evangelio de la paz, sobre todo, por lo que ella es – una comunidad de paz. De la misma manera en que tiene poco sentido formar un “comité

misionero” en una iglesia que por definición es una comunidad misional, tampoco tiene sentido formar un “comité de paz” en una iglesia que por definición es una comunidad de paz. Por esto, la formación cristiana se preocupa por lograr un estilo de vida pacificador. Más que meramente oponernos al militarismo, a la pena capital, y a la violencia doméstica, etc., aplicamos el evangelio de la paz a toda la gama de las relaciones interpersonales. Esto implica vivencias contra corrientes frente a todas esas tendencias sexistas, materialistas, consumistas, racistas, nacionalistas, y otras formas que toma la glorificación de la violencia en la sociedad occidental. La paz es tan fundamental para la identidad de la iglesia que no puede ser asignado solo a unas pocas personas en la comunidad. Vivencias de paz, y las convicciones que las acompañan, deben determinar todos los aspectos de la vida y la misión de la congregación entera.

A menos que basamos la vida entera de la iglesia en el evangelio de la paz, nuestro activismo a favor de alguna “preocupación por la paz” será de poca consecuencia. La paz bíblica debe ser determinante en todo aspecto de la vida congregacional. Y cuando el camino de la paz que Jesús nos trajo llega a ser parte inseparable del mensaje y la misión de la iglesia entera, se comunicará una visión del reino de Dios que incluye justicia, paz, y salvación en el poder transformador del Espíritu del Cristo viviente, y seguramente se sentirán atraídos, no solo oyentes, sino aquellos que se comprometen a ser seguidores de Jesús, que, según la visión neotestamentaria, es salvarse de verdad.

El desafío ante nuestras congregaciones es proveer el mejor ambiente posible en que esta transformación puede darse. Por hermosas e inspiradoras que sean nuestras liturgias, por informativa que sea nuestra educación cristiana, y por interesantes que sean nuestras predicaciones quedaremos cortos si no formamos para una vivencia de la paz a aquellos que nos llegan. En el cumplimiento de su misión, la iglesia debe proveer la oportunidad y el ambiente en que nuevos seguidores de Jesús, transformados por el poder de su Espíritu e inspirados por el evangelio de la paz, podrán acompañar a otros discípulos de mayor experiencia en su misión auténticamente evangelizadora y pacificadora.

Las iglesias deben estar alertas a las oportunidades que mejor facilitan su crecimiento concreto en Cristo. Se precisan modelos concretos para imitar en nuestra formación. Se ha señalado que en la iglesia primitiva nuevos creyentes fueron formados mediante un extenso proceso de imitación a medida que caminaban al lado de otro discípulo de Jesús con mayor experiencia. Difícilmente puede enseñarse el evangelio de la paz mediante un proceso exclusivamente cognoscitivo e intelectual. Esta visión y esta vivencia se captan mejor mediante la observación, la participación y la imitación.

Esta visión de la paz requiere que revisemos hasta nuestro concepto de la iglesia. En lugar de imaginarse como una especie de “depósito de almas salvadas,” la iglesia debe visualizarse como una comunidad pacificadora y misional en su más amplios sentidos bíblicos. Esto subraya la importancia de una vivencia activa del evangelio de la paz en todos los niveles de la vida congregacional. Toda la gama de actividades de la iglesia deben ser caracterizadas por la justicia y la paz bíblicas. Esto incluye: una objeción de conciencia al militarismo además de otras expresiones de violencia e injusticia en la

sociedad tales como el abuso de los débiles, mujeres, niños, extranjeros, minorías étnicas, los pobres, etc.

La lucha de la iglesia contra la violencia y la injusticia tiene que comenzar con sus manifestaciones en su propio seno, para luego poder dar, con integridad, testimonio contra sus manifestaciones en la sociedad secular. El proceso de la concientización en relación con las dimensiones globales de la violencia tiene que comenzar en el seno de la congregación misma. No todos estarán igualmente convencidos que la paz vivida en un “reino al revés” forma parte integral del evangelio. Habrán, aún entre cristianos evangélicos, otras versiones del evangelio que justifican un “evangelismo” patriótico, materialista y hasta militarista. Por eso toda evangelización auténtica tiene que comenzar con el pueblo de Dios mismo. Tan solamente siendo nosotros evangelizados, en verdad, podemos evangelizar con integridad. Como primer paso, podemos comprometernos, en el poder de su Espíritu, al seguimiento constante de Jesús, como pueblo de Su paz.